

CULTURA ANDALUZA Y AUTONOMIA

JOSE MARIA
VAZ DE SOTO

La frustración andaluza tras el ya histórico 28 de febrero ha desinflado el imaginado globo de una soñada cultura andaluza no dependiente. Aquí, en la solana de Sierra Morena y las estribaciones de Sierra Nevada, somos ya bastantes los que no nos chupamos el dedo y estamos convencidos de que tal cultura andaluza no será mucho más que un ente de ficción mientras Andalucía no cuente con una industria cultural propia. La cosa está bien clara, como lo ha estado siempre: si no hay poder económico, no hay poder de ninguna clase, y si no disponemos de editoriales y revistas andaluzas, no habrá literatura en Andalucía, por mucho que se empeñen en demostrar lo contrario los Ruiz-Copetes y Lanzagortas de turno. Y quien dice literatura dice, claro está, artes plásticas, música, teatro... La falta de infraestructura y de medios de desarrollo hace emigrar a los productores intelectuales —del mismo modo que a los manuales— en busca de otros horizontes culturalmente más prósperos en este casi definitivo país de «las nacionalidades y regiones» o de «la unidad entre los hombres y las tierras de España» que, para el caso, viene a ser lo mismo: música celestial y peces de colores, como solemos decir por estos pagos y cotos de caza.

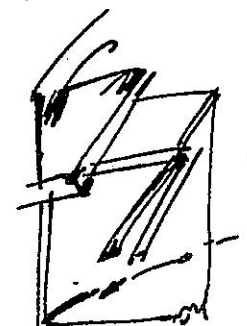
La autonomía por la vía rápida era, has-

En un momento como, la ocasión que pintan
el camino abierto para la conquista de
importante parcela de poder desde la
propulsar y potenciar la construcción o el
desarrollo de una industria cultural autónoma.
Los resultados del referén-
de sobre la toma de pelo o modelo de
del partido que nos gobierna, compro-
va una vez más que el dinero llama al di-
nero que el poder acumula poder, y que en
Madrid, Barcelona y Bilbao seguirán jugando
el juego con el dinero de ellos y del resto
de los españoles o ciudadanos del Estado es-
pañol sólo nos queda a los escritores y artis-
tas de las otras nacionalidades y regiones
que nos queda con la broma— la filosófica ocu-
pación de papar moscas o la más drástica y lar-
gamente con la música a otra nacionalidad o
región.

PANORAMA ACTUAL

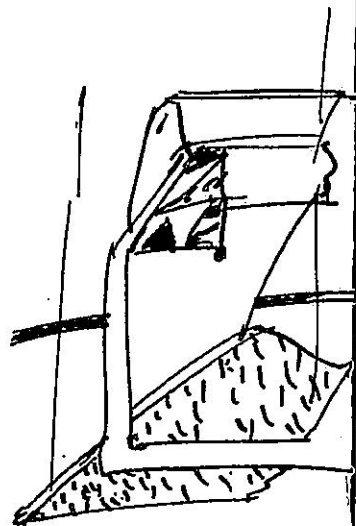
Como he descrito en otra parte (1),
en la impresión, hasta hace poco, de que el
cambio de régimen iba a producir en Andalu-
cía una espectacular proliferación de ini-
ciativas culturales en los más variados secto-
res. Así ha sido en parte. Pero, mirando hoy
hacia atrás con un poco de ira, es preciso
reconocer que la pólvora se nos ha ido casi
toda en volvas. A lo largo de estos cuatro o
cinco años de transición, consenso y democra-
cia, las esperanzas culturales han sido mu-
cho, los logros, escasos. Si 1978 fue el año

(1) Cf. mi artículo «La cultura en Andalucía»,
en *El año cultural español 1979*, varios autores. Ed. Cas-
talia, Madrid, 1979, pp. 251-277.



Inaugural del Congreso de Cultura Andaluza, celebrado solemne y multitudinariamente en el marco de la mezquita cordobesa con un digno discurso de Antonio Gala, 1979 ha sido el de su estancamiento, posiblemente definitivo, por falta de medios y de entusiasmos.

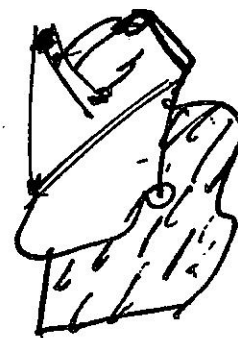
Por otra parte, el panorama actual de la cultura en Andalucía no es, en líneas generales, como para echar las campanas a vuelo. El analfabetismo continúa siendo una miserable, una vergonzosa realidad en el país de la libertad de enseñanza y de la financiación de los centros privados, mientras que las masas más o menos alfabetizadas o teledictas siguen tan inapetentes y divorciadas de la cultura escrita, y los escritores y artistas tan infecundos o esterilizados, como en los más negros años de la dictadura. Es cierto que con el cambio de régimen se han ido creando numerosos centros y se han organizado actos y semanas culturales en los más escondidos rincones de las ocho provincias, y que no falta entusiasmo, particularmente entre los jóvenes, a la hora de estimular una especie de conciencia nacional andaluza o hacer crecer una suerte de interés popular por la cultura, bien que a niveles muchas veces elementales o simplificados, o con el punto de mira dirigido exclusiva o unilateralmente hacia lo que se ha dado en llamar señas de identidad del pueblo andaluz: historia, etnografía, habla, folklore, etc. Pero ¿dónde están los poetas andaluces de hoy?, podríamos preguntarnos con el viejo son de Alberti. ¿Y los novelistas o, como algunos quieren, la novelística o narrativa andaluza? ¿Y los pintores? ¿Y los artistas e intelectuales de todas clases? La mayor parte, en cantidad y calidad, fuera de Andalucía. Era de temer. ¿Qué iban a hacer aquí sin editoriales, sin revistas, sin teatros, sin



galerías de auténtico prestigio, sin ateneos ni conáculos ni público receptor?

Es obvio que, en una sociedad capitalista o de mercado como la nuestra, el artista, incluso el que no vive de su arte, como es el caso de los poetas y de la mayor parte de los escritores, tiene que colocar sus productos allí donde sean demandados. Y si pueden contarse algunos grupos poéticos e incluso se publican libros de versos en Málaga o Granada es por la sencilla razón de que no existe demanda de poesía ni siquiera en Madrid o Barcelona y el poeta tiene que alimentarse en todas partes de sus propias ilusiones y conformarse con el calor y la comunicación de unos pocos. Otro es tal vez el caso de los novelistas —que en Andalucía carecen de proyección y de editoriales idóneas— y, sobre todo, de los pintores. Por lo que a estos últimos se refiere, sabido es que en Sevilla los posibles compradores de cuadros casi siempre se han inclinado más por la pintura antigua —o simplemente vieja, muchas veces— que por la actual, aunque últimamente la crisis generalizada haya alcanzado también a los anticuarios, que se quejan de vender menos cada día. Y en las otras capitales andaluzas —con la excepción probable de Málaga, donde la venta en estudios puede ser mayor, dado el trasiego de visitantes— el mercado se presenta todavía más apagado.

En cuanto al teatro, que, como es sabido, nunca ha conocido en provincias una vida muy boyante, está viendo año tras año acentuada esa debilidad por el relativo abandono de la Administración y la progresiva deserción del público, más atraído sin duda por los subproductos culturales suministrados a través de las pequeñas y grandes pantallas. Los grupos independientes pierden vi-



gor o se desintegran a ojos vistas, y el futuro del teatro en Andalucía, si alguien no pone remedio, se presenta hoy con tintes decididamente sombríos. Sólo las compañías *Esperpento* y *Teatro del Mediodía* siguen ofreciéndonos de vez en cuando, con algún apoyo estatal y con mil esfuerzos y dificultades, algunas valiosas puestas en escena.

¿Y qué decir de la música, del cine andaluz? Tres cuartos de lo propio: sólo algún intento aislado que, cuando tiene éxito, es casi siempre fuera de Andalucía. Y luego está esa pseudocultura andaluza quinteriana y panderetera, ese falso acento, esa habla burlada del ustedes-vosotros, esa permanente caricatura madrileña de lo andaluz con que nos obsequia de vez en cuando y desde «allá arriba» la casi eterna, la inmortal Televisión Española, o esa inefable media hora nuestra de *Tele-Sur* que, emitida desde Sevilla, nos alegra la vida todas las tardes con acento de Valladolid. Y más allá de todo eso, las procesiones, los pasos de Semana Santa, las ferias de los pueblos, las romerías —feria y procesión en una sola pieza— y, sobre todo, nuestro sol y nuestras playas incomparables, nuestra alegría congénita, nuestro carácter acogedor, nuestra cultura ancestral y milenaria, la carabina de Ambrosio y el cuento de la buena pipa. Con lo que el que no se consuela es porque no quiere, y Andalucía —que no es un país pobre, sino expoliado— continúa a la cabeza de las nacionalidades y regiones del Estado español en cuanto a paro y analfabetismo, y en primerísima línea entre los hombres y las tierras de España en cuanto a subdesarrollo e incultura, males éstos, si no ancestrales y milenarios, ciertamente seculares y recibidos.

PERSPECTIVAS

Pues bien, lo primero que cabe inferir de tal estado de cosas es que la situación seguirá como hasta ahora o irá de mal en peor mientras el pueblo andaluz no acceda al autogobierno. Pensar que de la buena voluntad y del esfuerzo aislado de unos pocos va a surgir espontáneamente un renacimiento cultural en tierras meridionales es soñar con el santo advenimiento; creer que del Gobierno central o de don Ricardo de la Cierva nos va a llegar el impulso desinteresado para crear las bases materiales desde las que los andaluces podamos desarrollar una cultura autónoma de acuerdo con nuestras auténticas posibilidades, es algo parecido a esperar que sea el señor Abril Martorell el que nos redima del paro y la sangría demográfica, y hablar de cultura andaluza echando por delante nombres como los de Francisco Ayala o Manuel Andújar, Luis Rosales o Vicente Aleixandre, Luis Gordillo o José Guerrero, es olvidar que cultura andaluza quiere decir cultura nacida y crecida en Andalucía, y que esos nombres ilustres de hijos de esta tierra —como los de Blanco White, Bécquer o Cernuda en otros tiempos— sólo nos sirven para convencernos de que no es cosa de genes y para consolarnos de las propias carencias y la obligada emigración.

No hay, por tanto, perspectivas andaluzas de mejora a corto plazo. El resultado legal del referéndum nos ha cerrado por ahora, si no el acceso a la floración, sí el camino inmediato a la esperanza, y sólo a más largo plazo cabe suponer que podamos —siempre a través de la plena autonomía y el autogobierno— desarrollar al máximo nuestras potencialidades materiales y culturales. La eclosión de una auténtica y vigorosa cultura en

